PSYKHE
2001, Vol.10, Nº 2, 47-52

Copyright 2001 by Psykhe
ISSN 0717-0297

Violencia Política, Trauma y su Impacto en los Procesos Psíquicos de la Adolescencia

Political Violence, Trauma and its Incidence in Adolescent's Psychic Processes

Juana Kovalskys y Germán Morales
Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos

Este trabajo aborda aspectos del desarrollo identitario de cuatro adolescentes afectadas por experiencias de traumatización extrema en el contexto de la violencia política en Chile. A partir de viñetas extraídas del proceso psicoterapéutico se discute el impacto del trauma en el vínculo temprano con la madre; en las dinámicas y roles familiares; en aspectos del proceso de socialización y en la constitución de la identidad de género.

This paper analyzes identity development processes in four adolescents who suffered extreme traumatic experiences in the context of political violence in Chile. Starting from vignettes taken from the psychoterapeutic process, we discuss trauma effects in the early primary relation with their mothers; in the dynamics of family relationships; in specific aspects of socialization, and in particular aspects of gender identity organization.

«Nuestros padres no son como otros padres, nosotros los hijos no somos como otros niños» Helen Epstein, "Children of the Holocaust".

Introducción

Las adolescentes que forman parte de este estudio comparten la experiencia traumática de la muerte, desaparición o ausencia paterna, como consecuencia de la represión política ejercida en Chile por la dictadura militar a partir de 1973, experiencia que hemos denominado como "traumatización extrema."

Las primeras referencias a este tipo particular de experiencias límites corresponden a Bettelheim (en Becker et al., 1989,1990) en sus escritos sobre las experiencias en los campos de concentración en la Alemania de la Segunda Guerra. Este autor señala la siniestra especificidad de dicha experiencia por tratarse de una violencia sin límites ejercida consciente y programadamente por seres humanos sobre sus congéneres, definiendo así su naturaleza impredecible, inescapable y sostenida en el tiempo. Este hecho determina que no sea comparable a ningún otro trauma, ya sea en términos sintomáticos o en su capacidad de invadir diferentes niveles del funcionamiento psíquico y relacional.

Autores posteriores como Keilson (en Díaz, 1992) en sus trabajos sobre huérfanos de guerra confirman la mantención en el tiempo de la experiencia traumática y su estrecha vinculación con episodios posteriores ligados a eventos sociopolíticos, procesos que denomina "traumatización secuencial."

El término "segunda generación," aparece en la literatura a partir de estudios realizados con niños del holocausto, aludiendo a la hipótesis de transmisión generacional del trauma (Díaz, 1992). Este término sin embargo puede ser cuestionado ya que la magnitud y severidad de los trastornos constituye per-se una experiencia traumática comparable a la vivida por sus padres.

Kinston y Cohen (1986) en el contexto de su análisis sobre la represión primaria aluden al concepto de "hoyo en la mente" para aludir al espacio psíquico no simbolizable, producto de la escisión provocada por el trauma. La experiencia clínica con víctimas de la represión en Chile permite comprender este tipo de traumas en el marco de los conceptos señalados.

Juana Kovalskys y Germán Morales, investigadores y psicoterapeutas del Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS).
La correspondencia relativa a este artículo deberá ser dirigida a Juana Kovalskys, Portugal 623 Of. 9, Santiago, Chile. Fono: 222 8578. Fax: 222 8162. E-mail: ilasong@terra.cl

En los casos que aquí se presentan, la experiencia traumática impregna la vida cotidiana de las adolescentes, siendo su manifestación más visible su fuerte convicción de ser diferentes a sus pares. Postulamos que esta convicción es producto de un complejo proceso donde el trauma se constituye en el eje alrededor del cual se definen y organizan las relaciones intrafamiliares y en consecuencia una parte sustancial del desarrollo individual de los hijos.

A partir de la experiencia psicoterapéutica, constatamos que a lo largo del proceso de desarrollo, la centralidad de la experiencia traumática define y organiza la trama de mandatos, delegaciones y lealtades familiares. Autores como Grubrich-Simitis (en Díaz, 1992) señalan procesos similares observados en hijos de sobrevivientes del Holocausto, enfatizando el carácter contradictorio de dichos mandatos que se actualizan una y otra vez en la red vincular de la familia.

Método

La metodología utilizada es el estudio clínico de casos, como sistematización de procesos terapéuticos a partir de la revisión de fichas clínicas de cuatro casos, extractando viñetas de sesiones basándose en referentes teóricos psicoanalíticos y sistémicos sobre los procesos de individuación.

Los cuatro casos seleccionados se escogieron en función de compartir rango etario, género, situación represiva y haber consultado a partir de los años 90. Todos los casos fueron atendidos en ILAS en sesiones de frecuencia semanal y con un registro textual de todas las sesiones realizadas.

Breve Descripción de los Casos[1]

Manuela, 17 años. Su padre fue ejecutado cuando tenía nueve meses de edad. Como consecuencia directa de este suceso la madre fue hospitalizada con diagnóstico de depresión severa, quedando al cuidado de una tía materna. La separación se mantuvo durante quince años, edad en la que vuelve a vivir con su madre.

Renata, 19 años. Es hija de madre exiliada. Su infancia y niñez transcurre en un internado en Cuba a cargo de las denominadas "madres sociales", manteniendo contacto esporádico con sus padres. A los doce años de edad, su padre se aleja del hogar permaneciendo en el exilio. Renata regresa a Chile en 1989 a la edad de 16 años.

Jimena, 16 años. Su padre es detenido y desaparece en Argentina cuando ella tiene tres años. Junto con su madre y un hermano menor viven situaciones de extremo riesgo a fin de no ser aprehendidos. Poco tiempo después la familia regresa a Chile donde permanecen juntos. Jimena presenta un cuadro de ansiedad generalizada y problemas en la relación familiar desencadenados por la incorporación a la familia de la nueva pareja de su madre.

Isabel, 17 años. Su madre es detenida en un allanamiento junto con Isabel que tiene ocho meses; durante la detención la madre y el abuelo materno son torturados en su presencia. El padre logra escapar durante el allanamiento y se mantiene alejado de la familia a partir de entonces. Posteriormente la familia viaja a Cuba donde viven por un período de diez años, para regresar posteriormente a Chile.

Análisis de los Casos

Caracterización de las Dinámicas Familiares y el Vínculo Madre-Hija

La demanda de atención surge de las propias adolescentes y los problemas que presentan corresponden en todos los casos a conflictos familiares y problemas en su relación de pareja. La historia previa las refleja como no conflictivas, hábiles y bien adaptadas para enfrentar los problemas de inserción social que derivan de la situación represiva. De buen rendimiento escolar, sociables y líderes grupales, se constituyeron en sostén afectivo de sus madres, eludiendo sistemáticamente todo requerimiento de apoyo para sí mismas (Aguilar & Morales, 1995).

En este contexto relacional la parentalización de los hijos representa una estrategia de contención que se instala de manera permanente, contribuyendo a mantener desperfiladas en el tiempo las funciones de sostén y contención maternos. En todos los casos presentados, las hijas han asumido progresivamente roles maternos que van desde hacerse cargo de la cotidianidad doméstica hasta la involucración afectiva indiscriminada en la mayoría de los eventos propios del proceso evolutivo familiar.

Este modo particular de inserción ha afectado significativamente su proceso de individuación en el ámbito familiar, entendido éste como "aquel proceso a través del cual un sujeto se diferencia emocionalmente de su familia de origen, para lo cual desarrolla autonomía simbólica y configura una identidad propia que integra críticamente la historia familiar" (Morales, 1995, p. 18). Autores como Stierlin (1984) y Berenstein (1987), señalan que dicho proceso corresponde a una "fusión simbiótica" que se expresa en una "hipo-individuación", característica que coincide con el tipo de vínculo que observamos en la díada madre-hija de nuestras pacientes. Se trata de un vínculo caracterizado básicamente por la ansiedad de separación y el rol maternizado de las hijas respecto a sus propias madres.

[1] Algunos datos han sido modificados con el fin de resguardar la privacidad de los pacientes.

Trauma, Procesos Identificatorios y sus Consecuencias en el Desarrollo Adolescente

Simbiosis y separación. Blos (1981) señala que en la base de los problemas afectivos y sociales de los adolescentes existe siempre una perturbación en la identificación con el objeto primario en etapas tempranas del desarrollo. Sostiene que ciertas configuraciones conflictivas de la niñez temprana vuelven a experimentarse durante la adolescencia mediante un proceso regresivo que intensifica la pulsión agresiva. Esta dinámica denominada por el autor como "regresión al servicio del desarrollo" pasa a tener el carácter de mecanismo de defensa frente a las ansiedades propias de dicha etapa.

Nuestra hipótesis es que la experiencia traumática de la madre se inscribe tempranamente en el aparato psíquico de sus hijos a la manera de un desamparo primario. Coincidimos con Berenstein (1987), quien define desamparo como una experiencia de indefensión frente a los requerimientos que derivan de la impotencia del recién nacido para satisfacer necesidades básicas. En el desarrollo posterior la vivencia de desamparo emerge también de la indefensión frente a los propios impulsos agresivos que provienen de la representación de objetos destructivos desmesuradamente poderosos.

La experiencia derivada de los procesos terapéuticos permite comprobar que lo traumático invade múltiples niveles del mundo intrapsíquico y se sostiene a través del tiempo, aún sin el reconocimiento de quienes lo padecen (Becker et al., 1990). La inscripción psíquica temprana del trauma y su permanencia insidiosa en el tiempo, nos lleva a pensar que el desplazamiento de lo traumático desde la madre, no se constituye de una vez para siempre, sino que se instala en términos de proceso, imprimiendo su sello al desarrollo evolutivo.

Bollas (1997) siguiendo los conceptos de Winnicott sobre madre-ambiente, propone que en etapas tempranas, la significación que adquiere la figura materna proviene no tanto de su carácter de objeto, sino de su naturaleza de proceso, el que se instituye a través de sucesivas transformaciones que incluyen simultáneamente al infante y a su madre. Desde esta perspectiva, la experiencia identificatoria incipiente, pasa a ser parte de dicho proceso cumpliendo una función de modificación permanente de la experiencia de sí mismo. En palabras del autor, "...la identificación emerge de un allegamiento simbiótico a partir de una recurrente experiencia de existir, más que de una experiencia representacional...".

En el proceso de desarrollo se van produciendo los desplazamientos de la madre-ambiente a innumerables objetos-subjetivos que requieren necesariamente de aceptación y apoyo a fin de mitigar la vivencia de pérdida. Postulamos que en nuestras pacientes, esta condición ha sido temprana y profundamente afectada por el trauma, ya que la presencia real y sostenida de la amenaza, impide confrontar y tolerar las fantasías de pérdida que son parte consustancial del proceso de separación e individuación familiar, definiendo de este modo la especificidad de la perturbación.

Las siguientes viñetas extraídas de las sesiones reflejan como se instala la experiencia traumática en la configuración del vínculo madre-hija. Inicialmente y por largo tiempo esta vinculación constituyó una suerte de dispositivo de encierro sostenido por la necesidad de las hijas de proyectar en sus madres su propio desamparo y fragilidad. La consecuencia de ello es que, en la adolescencia, ese dispositivo simbiótico se convierte en una barrera difícil de sortear en la búsqueda de la propia diferenciación.

" .... estoy aburrida de que cada vez que estamos mal mi mamá se hospitaliza y me dicen que no le haga pasar rabia... sé que se enferma de verdad, pero lo hace para que no me aleje de ella... me agobia imaginarme ahí toda la vida al lado de mi mamá...". "...mi mamá me trata como si fuera de su propiedad pero no me pregunta lo que siento, ya no la soporto pero no sé como poner distancia..." "...cuando estoy con ella no puedo ser afectiva y cuando no está siento que no puedo vivir sin ella, es súper raro...".

El vacío de la ausencia del padre y la violencia proyectada. En el proceso evolutivo, el padre ausente se constituye en un "objeto interno fantasmático" de naturaleza persecutoria. (Pavlovsky, 1991). Esto se expresa en el tipo de ansiedades que se gatillan en la relación con ese padre-fantasma:

"...no tengo mucha información de lo que pasó con mi papá, la mamá cree que me interesa pero a mí no me importa. Mi papá no me da pena, me da rabia porque los únicos que perdimos fuimos nosotros, me da rabia con ella también, porque yo he perdido mucho... porque ella lo arriesgó todo. Yo no sé por qué quise parecerme a la mamá, ahora me da pena, pero a él lo odio, no le tengo pena..."

Se trata de vivencias que aluden al sentimiento de estar en falta respecto a la madre, sin poder recu-

rrir a la protección de la figura paterna. Esta ausencia real contribuye a mantener la ambivalencia y el conflicto en forma más nítida que en etapas previas, marcando una representación asimétrica de las imágenes parentales. En este proceso se hace insostenible mantener la ilusión de poder prescindir del padre y la adolescente se ve confrontada al reconocimiento del dolor y la culpa negados en etapas previas de su desarrollo.

Las características propias del trauma ligado al desaparecimiento o la ejecución, determinan que frente a los hijos pequeños, la madre se convierta simbólicamente en "mediadora" de la pérdida, lo que afecta el modo como los hijos comienzan a tramitar la relación con el objeto primario, a través de las representaciones mentales o del lenguaje. Bollas (1997) nos recuerda, citando a Freud, que "la sombra del objeto cae sobre el yo" como parte de un proceso permanente de incorporación psíquica donde lo sabido no puede ser pensado.

Cuando lo traumático ha pasado a ser parte sustancial de la relación objetal primaria, impide el necesario desplazamiento a la representación. El trauma impone el silencio, lo no pensable, lo imposible de nombrar. Algunos fragmentos de sueños dan cuenta de esa imposibilidad, construyendo un "no-lugar":

"...estoy sola como orbitando en el espacio..." "... estoy perdida en un lugar desconocido donde todos pasan sin verme." "...veo una figura que es mi mamá pero ella no me reconoce...".

En el acceso a la etapa adolescente, las dinámicas relacionales madre-hija son invadidas por experiencias de violencia cuya significación permanece encubierta. Existe una imposibilidad real de diferenciar las vivencias históricas marcadas por la muerte y el despojo, de aquellas que derivan del proceso de desidealización de las figuras parentales y de los impulsos agresivos y hostiles ligados a la identificación de género.

La variable género opera en estos casos de un modo particularmente complejo, porque tal como lo señala Lombardi (1990), los intentos de diferenciación respecto a la figura materna se contraponen a la vivencia de mutua y exclusiva propiedad que ha caracterizado siempre al vínculo entre ambas. Según esta autora se trata de una experiencia de violencia porque aun cuando la hostilidad y el odio se mantengan en el ámbito de la fantasía, provoca en la madre la reiteración de las experiencias de despojo y abandono de que fuera objeto en el contexto de la violencia política.

En el caso de nuestras pacientes la paradoja es que la "relación de propiedad" estuvo al servicio de la sobrevivencia psíquica frente a una experiencia devastadora, lo que termina por conformar entre madres e hijas un contexto relacional caracterizado por la confusión y la vivencia de lealtades mutuamente transgredidas.

Trauma, identidad de género y vínculo de pareja. Aún cuando la identidad de género se establece en etapas tempranas del desarrollo, coincidimos con Blos (1981) quien señala que la integración de lo masculino y femenino sólo se constituye como totalidad en la fase de la adolescencia, específicamente en relación con las primeras experiencias de pareja.

La parentalización temprana definió el desempeño de un rol de carácter normativo y fiscalizador respecto al conjunto de la familia, con una investidura de lo que culturalmente es definido como atributo de lo masculino.

El acceso a la adolescencia impone la necesidad de resignificar aspectos sustanciales de la identidad de género. Emerge la necesidad de apelar a identificaciones con la figura materna que excluyan la victimización que reconocen en sus madres, lo que define la centralidad de este proceso en la medida que confronta a la adolescente con sus estrategias identificatorias previas organizadas en el contexto de la simbiosis vincular.

Se trata de una tarea vital marcada por la vivencia de amenaza del vínculo con la madre y el temor a reproducir la fragilidad e impotencia maternas, que se actualizan en un discurso sacrificial en el que se impone la lógica de la autopostergación de su proyecto como mujer en aras del cuidado de los hijos.

Esta opción se proyecta sobre las primeras experiencias de pareja de las adolescentes, en las que confluyen sentimientos y representaciones muy contradictorias, como se desprende de las siguientes viñetas:

"...mi mamá me dice que se casó por segunda vez por mí, que se sacrificó por mí, que la pongo nerviosa, que le sube la presión, yo creo que no tiene nada que ver porque a mi papá lo mataron cuando yo tenía meses y ella se casó de nuevo cuando yo tenía nueve años... para mí que se vendió... es fuerte decirlo pero es así... si ella fracasó con sus parejas es culpa de ella y no mía como ella me dice, yo era solo una niña...".

En la tarea de diferenciación las adolescentes se refugian en una suerte de identidad reactiva que no logra evitar la reedición de los sentimientos de desamparo. La identificación idealizada con el padre

demuestra su precariedad y los intentos de rehacer el vínculo con sus madres adquieren un carácter demandante y de reproche que remite al fantasma de la ruptura y el abandono.

Estos aspectos inciden en la propia experiencia de pareja de las adolescentes de un modo paradojal y contradictorio, de lo cual dan cuenta las siguientes viñetas:

"...me da rabia no saber que siento por él, me molesta la definición que me da mi mamá sobre el amor... no me sirve... es muy simple, yo no sé si quiero o no, si me quiere o no, si es verdad que voy a ser su amor siempre, o si es un sueño mío...".

"...hablo mucho para que él no me pregunte nada... lo hago así para que nadie pueda dañarme... le dije una vez que no me podía dañar porque no conocía mi punto débil...".

"...no sé decir no a los hombres, siempre quieren más y más y rápido, ahí me ataco y no quiero más, ellos no respetan mi tiempo".

Aparece la fantasía respecto a un hombre ideal, que confirme su identidad femenina y contenga sus ansiedades y sentimientos de desamparo, lo que es contradictorio con sus experiencias concretas, ya que los varones presentan recurrentemente un patrón de relación en el que prevalecen el desapego o la sobreprotección. Ello da cuenta de una experiencia perturbadora caracterizada por la polaridad del maltrato y abandono o el control paralizante, donde la experiencia remite a sentimientos de impotencia y a la confirmación de una herencia inescapable de lo traumático.

Epílogo

El sueño de Jimena que transcribimos a continuación refleja de manera dramática cómo el esfuerzo por definir la identidad es inseparable de la necesidad de reparar todos los vínculos significativos de la historia traumática. Pensamos que sólo a partir de este reconocimiento es posible pensar en procesos terapéuticos que efectivamente ayuden a estas adolescentes en sus procesos de diferenciación.

"...Marcela y yo estamos en unos cerros pelados es como el valle de la luna... al otro lado están las rocas y el mar, no se ven pero yo se que están ahí... de repente todo se oscurece, algo terrible pasó que sólo yo sé, voy subiendo por el camino y la tierra se desgaja y la Claudia se me cae... yo sé que en la casa de Yasuyo vamos a estar a salvo... seguimos caminando y aparece la mamá, gordita con cachirulos, bien mamá... le digo a Marcela que tiene que salvarse con esta mamá... ella se va y yo me quedo... aparece el papá que habla una lengua que no le entendemos pero yo sé que es castellano... veo a un lado amigos que se drogan y toman alcohol, al otro lado chiquillas súper cuicas corriendo prendiendo estrellitas... se oscurece, pasa Claudia volando y yo pienso ¡qué bueno que se va a salvar...! me voy corriendo sola, quiero detener a unos tipos que se me vienen en contra, les digo que no sigan que algo va a pasar y no me hacen caso... y sé que algo tremendo les va a suceder... pero no puedo hacer nada...".

Referencias

Aguilar, M. & Morales G. (1995). Children of the persecuted in Chile an their relationship to peers. En H. Adam, P. Riedesser, H. Riquelme, A. Verderber & J. Walter (Comp.), *Children, war and persecution* (pp. 197–200). Hamburgo: Sttifung für kinder/UNICEF.

Becker, D., Castillo M. I., Gómez, E., Kovalskys, J. & Lira, E. (1989). Subjectivity and politics: The psychotherapy of extreme traumatization in Chile. *International Journal of Mental Health, 18* (2), 80-97.

Becker, D., Lira, E.. Castillo, M. I., Gómez, E. & Kovalskys, J. (1990). Therapy with victims of political repression: The challenge of social reparation. *Journal of Social Issues, 46* (3), 133-149.

Bernstein, I. (1987). *Psicoanálisis de la estructura familiar.* Buenos Aires: Paidós.

Blos, P. (1981). *La transición adolescente.* Buenos Aires: Amorrortu.

Bollas, C. (1997). *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado.* Buenos Aires: Amorrortu.

Díaz, M. (1992). *El daño en niños y adolescentes: Proceso de transmisión generacional.* Documento de trabajo. Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos, Santiago de Chile.

Epstein, H. (1980). *Children of the holocaust. Conversations with sons and daughters of survivors.* U.S.A.: Bantam Ed.

Kinston, W. & Cohen, J. (1986). Primal repression: Clinical and theoretical aspects. *International Journal of Psychoanalysis, 67*, 337-355.

Kovalskys, J. & Morales, G. (1993). Psychic trauma and gender identity in adolescents daughters of victims of political repression. En H. Adam, P. Riedesser, H. Riquelme, A. Verderber & J. Walter (Comp.), *Children, war and persecution* (pp. 149–152). Hamburgo: Sttifung für kinder/UNICEF.

Lombardi, A. (1990). *Entre madres e hijas. Acerca de la opresión psicológica.* Buenos Aires: Paidós.

Morales, G. (1995). *Procesos de individuación en familias traumatizadas.* Tesis para optar al Título de Terapeuta Familiar. Santiago, Instituto Chileno de Terapia Familiar.

Pavlovsky, E. & Bauleo, A. (1991). *Lo grupal.* Buenos Aires: Ed. Búsqueda.

Simon, S. B. & Stierlin, H. (1993). *Vocabulario en terapia familiar.* Barcelona: Ediciones Gedisa.

Winnicott, D. W. (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional.* Buenos Aires: Paidós.